

# De musicofilias y amusias

Pablo Espinosa

¿Por qué cada uno de nosotros escucha la música de manera diferente? ¿Por qué hay quienes sin ser músicos nos sabemos de memoria todas las partituras de Mahler? ¿Cómo es que podemos reconocer que quien está haciendo sonar el piano en un disco cuya portada no vemos, es una mujer, sabemos su nombre y apellido, Mitsuko Uchida, y después podemos decir que es la *Sonata en Do* la partitura que interpreta, como dato ulterior cuando algunos sólo llegan a identificar la obra, o a lo mucho el autor?

El eminente neurólogo inglés Oliver Sacks tiene las respuestas y muchas interrogantes más que resuelve de la manera clásica: narrando sus anécdotas clínicas, haciendo cuentos cortos de los casos de sus pacientes, que es su método científico y su camino a la posteridad, pues su prestigio y fama ha trascendido los círculos médicos y científicos luego de que su libro *Despertares* (1974) se hiciera película en

1990 y tuviera tres nominaciones al Óscar como mejor película, mejor actor (Robert De Niro) y mejor guión adaptado.

De hecho, no hay libro de Oliver Sacks que no goce de celebridad suprema. El relato central, por ejemplo, de su libro *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, lo conocimos primero como una ópera, la que escribió Michael Nyman y estrenó en 1987.

Migraña (título de su primer libro), síndrome de Tourette, Parkinson, demencia, encefalitis, ataques de lóbulo temporal, los términos clínicos abundan en la bibliografía de Sacks. Pero sus lectores no se limitan a aquellos que usan batas y zapatos blancos y dan consultas aunque no vistan de blanco. Su manera de divulgar la ciencia tiene méritos literarios y el entrecruzamiento de sus altas capacidades científicas y escriturales confluyen con el arte supremo, la música, en su nuevo libro en español, que llega a México apenas: *Musicofilia. Relatos de la música y el cerebro*, de editorial Anagrama.

Su soporte teórico viaja a caballo sobre dos ejes: la musicofilia y su contraparte, la amusia.

La propensión a la música, o musicofilia, define, surge en nuestra infancia, es manifiesta y fundamental en todas las culturas, y probablemente se remonta a nuestros comienzos como especie.

Se remonta a Darwin, hoy tan celebrado: “como ni el disfrute de la música ni la capacidad para producir notas musicales son facultades que tengan la menor utilidad para el hombre (...) deben catalogarse entre las más misteriosas con las que está dotado”.

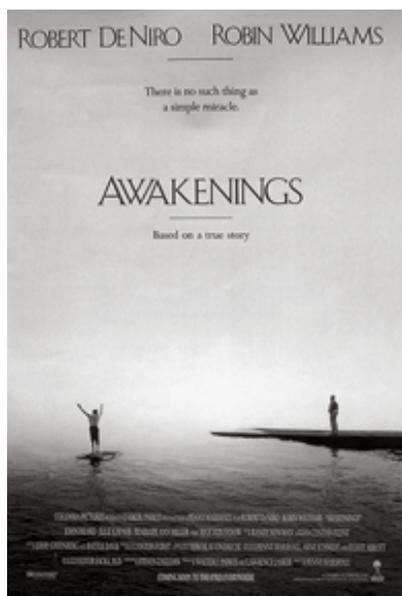
Salta entonces a Steven Pinker, contemporáneo nuestro: nuestras capacidades musicales son posibles gracias al uso, la co-

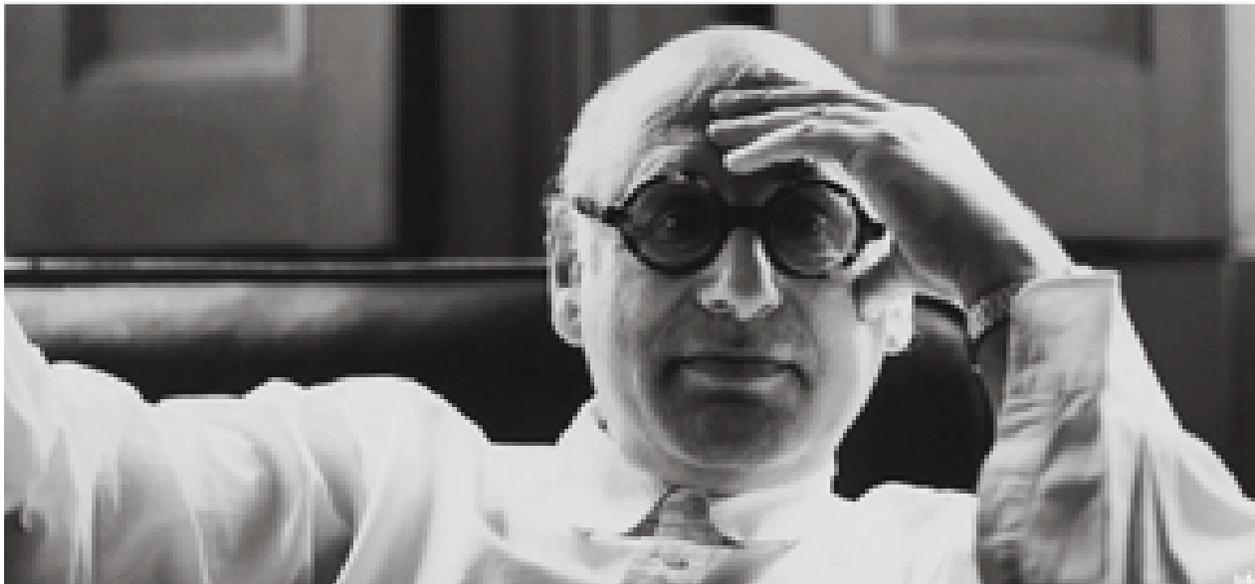
laboración o la participación de sistemas cerebrales que ya se han desarrollado para otros propósitos.

“Esto puede tener que ver con el hecho de que no exista un ‘centromusical’ único en el cerebro humano, sino que participen una docena de redes desperdigadas por todo el cerebro”. Ahora el apoyo es un genio: Stephen Jay Gould, quien ya ha dado el paso adelante, lo que algunos científicos llaman “cambios no adaptativos”, Gould denomina “exaptaciones” y su prueba clásica es la música.

Para explicar la red de complejidades que se extiende después de aceptar que todos los humanos somos capaces de entender la música pero cada uno de nosotros lo hace de manera diferente, se remonta a Schopenhauer en cuanto nos alienta una reacción emocional en nuestro ser más íntimo: “La inexpresable profundidad de la música, tan fácil de comprender y sin embargo tan inexplicable, se debe al hecho de que reproduce todas las emociones de nuestro ser más íntimo, pero de una manera totalmente falta de realidad y alejada de su dolor. La música expresa sólo la quintaesencia de la vida y sus acontecimientos, nunca éstos en sí mismos”.

De manera que escuchar música no es un fenómeno tan sólo auditivo y emocional, sino también motor. Lo dijo Nietzsche: “escuchamos música con nuestros músculos”. El ejemplo notorio aquí es su manera de revelarnos el estado de euforia que nos produce, por ejemplo, la *Cabalgata de las valquirias*: es una música dinamogénica. Tanto que la mitología se aúpa con los datos objetivos en la relación, a veces peregrina es cierto, que suelen entablar algunos entre la música de Wagner y la locura de Hitler.





Michael Nyman

Música que mueve a la acción. O que paraliza. O produce alucinaciones. O linda con las nada lindas fuerzas químicas que alteran el cerebro. Pero eso ya es territorio de neurólogos. Los de a pie leemos con fascinación los relatos de Oliver Sacks sin necesidad de enredarnos en terminologías médicas ni científicas. Su manera de narrar es tan amena como su forma de explicarnos algo tan técnico.

Nos queda claro, y cada lector confirma en su experiencia propia, que la musicofilia nace con nosotros e inclusive se remonta a la memoria fetal. Y de eso hay quienes podemos contar nuestros casos personales: padres que cantan al niño no nacido *nadaba en ventura* (la frase es de Joyce); sobre todo la madre cuando canta el bebé en el útero escucha, ya, de manera diferente a otras personas cuyas madres no cantan y una vez fuera del cuerpo de la madre juega a escuchar su canto pegando un oído contra el plexo solar de ella mientras el otro oído lo tapamos, plexo lunar, con la palma de una mano y escuchamos, oh prodigio, nuevamente la voz que conocimos en el útero, y si destapamos el oído exterior, escuchamos en estéreo, la voz de adentro de ella y la voz que todos escuchan fuera. Prodigio.

Así lo pone Oliver Sacks: “Gran parte de lo que ocurre durante la percepción de la música también puede ocurrir cuando la

música ‘se interpreta en la mente’. La gente, al imaginar la música, incluso personas relativamente poco musicales, suele hacerlo de una manera extraordinariamente fiel no sólo a la melodía y el sentimiento del original, sino a su tono y tempo. En esto subyace la extraordinaria tenacidad de la memoria musical, de manera que gran parte de lo que se oye durante los primeros años puede que quede ‘grabado’ en el cerebro durante el resto de la vida”.

Maquinaria maravillosa. Nuestros sistemas auditivos, nerviosos, están exquisitamente afinados para la música.

Maquinaria frágil, vulnerable. Como la vida misma. He aquí la contraparte, el equilibrio:

Pero esta maravillosa maquinaria —quizá por ser tan compleja y tan tremendamente desarrollada— es vulnerable a diversas distorsiones, excesos y averías. La capacidad de percibir (o imaginar) la música puede verse afectada por ciertas lesiones cerebrales; hay muchas formas de amusia.

En este punto, Sacks habla, sin embargo, de dones que antes consideraban síntomas, como la sinestesia: “algunas personas —en un número sorprendentemente elevado— ‘ven’ colores o ‘huelen’ o ‘gustan’ o ‘perciben’ diversas sensaciones cuando escuchan música”.

Es el caso de Olivier Messiaen, que analizamos en una entrega anterior para estas páginas.

La sensibilidad para la música, he aquí el avance, puede calmarnos, animarnos, consolarlos, emocionarnos, organizarnos, sincronizarnos, ponernos en armonía, crear —como lo propone Glenn Gould— un estado de asombro y serenidad que dura toda la vida.

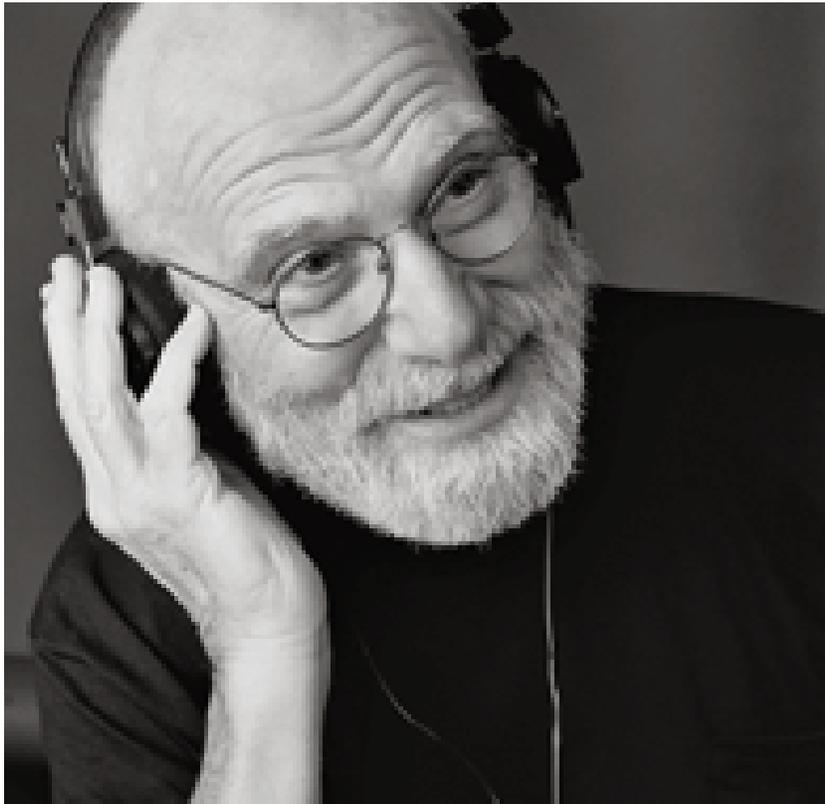
Es obvio el poder terapéutico de todo esto. Y si bien la materia no es nueva, pues la musicoterapia es conocida y aplicada desde hace décadas, Oliver Sacks nos hace notar que prácticamente no hay neurociencia de la música anterior a la década de 1980.

Nuevos caminos están entonces por recorrerse.

El primero de los relatos del nuevo libro en español de Oliver Sacks remite a una musicofilia repentina. Su paciente, un médico eminente, es partido por un rayo y su vida cambia para siempre. Se convierte en compositor de una mañana a la siguiente.

Disfrutemos los dotes literarios del doctor Sacks: “Tony Cicoria tenía cuarenta y dos años, hacía deporte y era fuerte (...) El día era agradable, con brisa, pero observó unas cuantas nubes de tormenta a lo lejos; parecía que venía lluvia.

“Se fue a un teléfono público que había delante del pabellón para llamar a su madre (esto ocurrió en 1994, antes de la era de los



Oliver Sacks

téfonos móviles). Aún recuerda cada segundo de lo que ocurrió a continuación: ‘Estaba hablando con mi madre por teléfono. Llovía un poco, se oyó un trueno a lo lejos. Mi madre colgó. El teléfono se encontraba a un paso de mí cuando me alcanzó. Recuerdo el destello de luz que salió del teléfono. Me golpeó en la cara. Lo siguiente que recuerdo era que volaba hacia atrás’.

“A continuación —pareció vacilar antes de contármelo— volé hacia adelante. Perplejo. Miré a mi alrededor. Vi mi cuerpo en el suelo. Me dije: mierda, estoy muerto. Vi que la gente se reunía en torno al cuerpo. Vi a una mujer —había estado esperando a mi lado para usar el teléfono— que se inclinaba sobre mi cuerpo, me hacía la resucitación cardiopulmonar (...)

“Floté escaleras arriba: mi conciencia venía conmigo. Luego me rodeó una luz blancoazulada, una enorme sensación de paz y bienestar. Lo mejor y lo peor de mi vida pasó ante mí a gran velocidad. Pero sin ninguna emoción (...) puro sentimiento, puro éxtasis. Tenía la percepción de estar acelerando, de que algo me atraía..., de que

había velocidad y dirección. Entonces, mientras me decía a mí mismo: ‘Ésta es la sensación más maravillosa que he tenido’... ¡PAM! Ya estaba de vuelta.

“El doctor Cicoria sabía que había vuelto a su cuerpo porque sentía dolor, a causa de las quemaduras en la cara y en el pie izquierdo, los dos lugares por donde la descarga eléctrica había entrado y salido de su cuerpo, y comprendió que ‘sólo los cuerpos sienten dolor’. Quiso regresar, quiso decirle a la mujer que dejara de hacerle la resucitación, que lo dejara en paz; pero era demasiado tarde; ya volvía a estar irremediabilmente entre los vivos. Al cabo de un par de minutos, cuando fue capaz de hablar, dijo: ‘Está bien. Soy médico’. La mujer (que resultó ser enfermera de una unidad de cuidados intensivos) contestó: ‘Hace unos minutos, no era nada’.

Este relato, que espeja los muchos que debemos a la doctora Elisabeth Kübler-Ross, conduce a la nueva vida del doctor Cicoria: de ese día en adelante gozador de una nueva existencia y habilidades hasta entonces desconocidas como compositor, melómano y, sobre todo, una persona diferente.

Perono todo es anécdota en Sacks. Capítulos adelante responde a otra de las muchas preguntas que formulamos a lo largo de la vida sin saber si vamos a alcanzar respuesta en este lapso terrenal. Para el umbral del tema, recurre a un epígrafe sublime, un verso de John Keats que dice: “Las melodías oídas son dulces, pero las no oídas son aún más dulces”.

Entra entonces al tema fascinante de la música interna, la que escuchamos en nuestros cerebros sin necesidad de que suene en la realidad exterior.

En 1880 se supo de la imaginería visual, sin sospechar que es hermana gemela de la imaginería musical:

Hay personas apenas capaces de retener una melodía en su cabeza, mientras que otras pueden reproducir en su mente sinfonías enteras con un detalle y una viveza no muy distinta de si las estuvieran escuchando.

El territorio se vuelve cada vez más fascinante. Entra a escena el sordo Beethoven, capaz de seguir escribiendo música que jamás escuchó oídos afuera pero que en su cerebro conocía a la perfección. Viene después una cita de un libro que leímos hace decenios y que marcó a generaciones: *The Haunting Melody*, de Theodor Reik, discípulo de Freud quien, debido a su apretada agenda, no tomó en sus manos el caso de Gustav Mahler, quien acudió a su consultorio en busca de ayuda. Freud turnó el caso a Reik y éste no solamente curó a Mahler, sino que escribió una novela fascinante que es a su vez un caso clínico: Mahler, neurótico obsesivo —fue el dictamen del doctor Reik—, ya no soportaba vivir presa de una melodía que no salía de su cerebro nunca. Luego de la cura, el resultado fue la escritura de una obra maestra, la *Sinfonía Resurrección*, que desde entonces queda como ritual de cura, catarsis, volver a la vida enseguida del verso de Neruda: “es bueno de vez en cuando y a lo lejos / darse un baño de tumba”.

Un baño de vida la música. Las nuevas luces de la neurociencia, que aporta en su libro el doctor Oliver Sacks, aseguran un futuro más gozoso aún. ■